

vulgo el aprecio y el ejercicio de las máximas del Evangelio; las del mundo son mas de su gusto; ¿pero cual será su suerte eterna? ¿tendrán parte en la estancia dichosa de los bienaventurados? ¡Mi Dios, y qué poco se conocen las utilidades de una vida humilde y necesitada! Es cierto que la pobreza espanta; pero con todo la condicion de los pobres puede ser un rico mineral de merecimientos y de felicidades. Menos espuestos á los peligros que acompañan á los ricos, son humildes casi de necesidad, y están mas dependientes de Dios, porque viven de su providencia. ¡Oh, y de cuantos estorbos de la salvacion se hallan exentos! Si conocieran bien lo mucho que vale su estado, se tendrían por dichosos en no haber nacido entre los peligros del esplendor y de la abundancia. Las riquezas producen mas espinas que rosas; ni apenas se pueden coger sus flores sin picarse. ¿Quién ignora que la condicion de los pobres fué ennoblecida por la eleccion que hizo de ella Jesucristo? En su mano estuvo nacer y vivir con la mayor opulencia; pero prefirió el estado de pobre. ¿Si sería por ignorancia ó por falta de espíritu? Pero si fué por alta disposicion de su divina sabiduría, ¿serán los pobres los peor librados? ¿y tendrán razon para quejarse del estado que los cupo en suerte?

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas, y el mismo que el día xv, pág. 308.

MEDITACION.

De la caridad con los pobres.

PUNTO PRIMERO. — Considera que la caridad en el sentido en qué ahora la tomamos, es, hablando propiamente, efecto de una virtud moral y cristiana, que consiste en socorrer al prójimo en sus necesidades con la limosna, con el consejo y con los buenos oficios. Esta virtud, segun la doctrina del mismo Jesucristo, nace del amor que se tiene á Dios, y segun la misma doctrina ha de ser el distintivo de todos los cristianos: *In hoc cognoscent omnes, quia discipuli mei estis*: La señal por donde conocerán que sois discípulos míos, será si os amais unos á otros. Esta caridad benéfica y liberal tiene siempre abiertas las manos para socorrer al prójimo en sus miserias. Quiso la divina Providencia que se conservase entre los hombres la caridad por el reciproco comercio de asistencia y socorro que mutuamente se dan unos á otros; pero este comercio no es precisamente voluntario

y de pura benevolencia; es en algunos casos de justicia y de obligacion indispensable. Si naciste en medio del esplendor y de la abundancia, no lo debiste á tu industria, ni á tu mérito: Dios dispuso la diversidad de condiciones; y cuando quiso que unos naciesen necesitados de todas las cosas, encargó que los socorriesen en ellas á los que proveyó con abundancia de todo; de manera, que favoreciendo á éstos, no se olvidó de aquéllos, pues los puso al cuidado de los ricos. Son las riquezas beneficios á título oneroso; los pobres tienen derecho á ellos; y si la divina Providencia se los concedió á los ricos, fué con el gravámen y condicion precisa de que los pobres habian de entrar en sus rentas á la parte; y de esta manera proveyó á las necesidades de todos. Es Dios dueño absoluto y supremo de nuestros bienes; como á tal le debemos tributo; y no queriendo, por decirlo así, recibirle en sus arcas, hace cesión de él en favor de los pobres. El socorrer, pues, á estos, no solo es debido á título de caridad, lo es tambien á título de justicia, porque Dios no te hizo rico precisamente para tí solo, sino juntamente para beneficio de los pobres. ¡Mi Dios, qué poco conocida, y qué poco abrazada es esta verdad! ¡qué poca caridad hay en el mundo! Y siendo esto así, ¿tendrá Jesucristo muchos discípulos verdaderos entre los cristianos?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la verdadera caridad no se limita únicamente á esto que se llama limosna; es muy ingeniosa y encuentra mil industrias para aliviar á los afligidos. Cuando faltan las riquezas, no faltan los buenos oficios, los obsequios, ni las diligencias. Nunca sabe estar ociosa su actividad. En vano procuran el honor y la vergüenza sepultar en las tinieblas la necesidad de las honradas familias; á la fina caridad no se la ocultan aun las miserias mas invisibles; ninguna se esconde á su solícita vigilancia. Los enfermos mas asquerosos, los mas abandonados, tienen por ella no sé qué oculto atractivo. Penetra las prisiones, y sabe abrirse las puertas de los mas profundos calabozos. ¿Qué no puede, y qué no hace un zelo animado de la caridad! Pero aun mucho mas escitan su compasion las necesidades espirituales, que las corporales. Esta caridad cristiana es la que enciende aquella misteriosa lámpara, con la cual los verdaderos discípulos de Cristo alumbran á todos aquellos que están envueltos en las tinieblas del pecado. Aquel ardiente, infatigable y generoso zelo, que, por decirlo así, devora á todos los fieles siervos de Dios, efecto es de la caridad cristiana. Considera los inmensos trabajos de aquellos hombres apostólicos que

sacrificaron su sosiego, su salud y su misma vida por la salvacion de las almas. Basta solo un Regis para que comprendas lo mucho que puede una ardiente caridad, junta con un ayuno riguroso y continuo, en un país verdaderamente horrible, en el rigor de la estacion mas cruel, con trabajos y con fatigas que apenas caben en la imaginacion. Todo su fin era instruir á los pobres y santificarlos; á esto se reducía todo el motivo de su zelo. No le movía, no, ni el esplendor de las funciones en que ejercitaba su ministerio, ni la brillantez ó el estruendo de las personas en quienes lograba tan portentosas conversiones. Unas humildes chozas, escondidas entre las profundas simas, ó entre las espantosas quebradas de las mas ásperas montañas, y habitadas de unos miserables paisanos, eran todo el teatro de su inflamada caridad, pero de una caridad verdaderamente sobrenatural; porque ningun otro fuego que el del divino amor podia encender aquel heroico zelo, ni abrasar aquel noble corazon. Cotejemos aquella caridad con la nuestra; y si este ha de ser el distintivo que nos dé á conocer por verdaderos cristianos, consideremos si en virtud de él podremos esperar que Jesucristo nos reconozca por sus discípulos verdaderos.

Alcanzadme, ó bienaventurado Regis, aquella caridad, aquel amor á mi prójimo que poseísteis vos en grado tan eminente. Ni vuestra intercesion, ni el crédito que lograis para con Dios se limitan á las necesidades corporales; sin comparacion os mueven mucho mas las espirituales. Conseguidme, pues, del Señor una caridad perfecta, en virtud de la cual ame á mi Dios sobre todas las cosas, y al prójimo por el amor de mi Dios.

JACULATORIAS. — Dichoso aquel que atiende á las necesidades del menesteroso y del afligido; cuando él mismo se vea en afliccion logrará el consuelo y la asistencia del Señor. (Ps. 40.)

Señor, abrasad mis entrañas y mi corazon con el fuego de vuestro amor. (Psalm. 25.)

PROPOSITOS.

1 Es señal de un buen corazon tener compasion de los afligidos. El que se muestra duro en los trabajos de otro, es poco agradecido á los beneficios de Dios. No es tierno con Dios el que no lo es con el prójimo. Conviene, pues, que la caridad sea tu amada virtud. Préciate de tener un corazon tierno y compasivo, singularmente con los pobres; pero ten presente que la verdadera compasion, primer fruto de la caridad, no consiste

en ternuras esterores, ni en lágrimas estériles; pide necesariamente socorros efectivos. Cuando la limosna acompaña á la compasion, la compasion es aun mas apreciable que la misma limosna. Junta siempre que puedas estos dos frutos de la caridad. Ama á los pobres, hónralos como á porcion escogida del rebaño de Jesucristo, y no malogres ocasion alguna de socorrerlos.

2 Para aliviarlos hay diferentes medios. No solo se les puede socorrer con la limosna, sino con el consejo, con los buenos oficios, y con la doctrina saludable. A un pobre encarcelado, á un enfermo, al que su pobreza y su honra le tienen encerrado entre cuatro paredes, le consuela mucho una visita; todas estas obras de misericordia son otras tantas limosnas. Llevará Dios la cuenta de ellas, y en el gran dia del juicio estos serán los títulos y los méritos que tendrá presentes para premiar á los escogidos.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

LA DICHOSA MUERTE DE SAN GREGORIO VII, papa, en Salerno, acérrimo propugnador y defensor de la libertad eclesiástica. (Véase su vida en las de hoy.)

SANTA MARÍA MAGDALENA, virgen, del orden de Carmelitas, en Florencia; ilustre por su buena vida y santidad: su festividad se celebra el dia 27 de mayo. (Véase su vida en las de hoy.)

EL TRIUNFO DE SAN URBANO, papa y mártir, en Roma, en la via Nomentana, por cuya exhortacion y doctrina muchos, entre los cuales se cuentan Tiburcio y Valeriano, abrazaron la fe de Jesucristo, y por ella padecieron: él tambien habiendo sufrido muchos trabajos en la persecucion de Alejandro Severo, por defender la santa Iglesia, últimamente fué degollado, y así alcanzó la corona del martirio. (Véase su noticia en las de hoy.)

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES PASICRATES, VALENCION, Y OTROS DOS, en Dorostoro, en la Misia, los cuales recibieron juntamente la corona.

SAN DIONISIO, obispo, en Milan, el cual por la fe católica fué desterrado á Capadocia por orden del emperador Constancio arriano, y entregó su alma al Criador, despues de haber merecido el título de mártir. Su sagrado cuerpo lo envió el obispo Aurelio á Milan á S. Ambrosio, obispo: á esta traslacion dicen que cooperó tambien S. Basilio el Magno.

SAN BONIFACIO IV, papa, en Roma, el cual dedicó el Panteon, á honra y con el título de Santa María de los Mártires.